

co, intervino a título de aclaración. El dominicano hacía su primer viaje fuera de la isla y se entrenaba como participante en foros diplomáticos. Impulsado por su reconocida simpatía hacia los independentistas cubanos apoyó fuertemente la propuesta hecha por Pepper:

Es bien conocida la voluntad unánime del pueblo de Cuba, de que el primer presidente después de conquistada su libertad, sea el patricio y campeón señor Estrada Palma y en cuanto a la absoluta independencia de la nación, que en las auroras del siglo XX va a nacer, para entrar al concierto de los pueblos libres, nadie puede ponerla en duda, desde el momento en que el gobierno de Estados Unidos ha proclamado muy alto es libre e independiente y debe serlo²¹.

El delegado de Perú Edwin Elmore dio el espaldarazo final a la moción, al declarar que su país hacía tiempo que había reconocido la libertad de Cuba –en retórica alusión al gesto solidario durante la primera guerra cubana de independencia, 1868-78– y que en consecuencia se adhería a la propuesta. La cual, por aclamación y entre aplausos, fue finalmente aprobada.

El vocero oficioso del gobierno porfirista, *El Imparcial*, estuvo discretamente atento a los acontecimientos políticos de Cuba en vísperas de la independencia. El espacio dispensado fue menor que el otorgado al conflicto germano-venezolano. Por vía de la *Associated Press* daba parte al público mexicano del retraimiento de Massó ante la segunda victoria del candidato oficialista, a juicio de los masoístas como una protesta contra la imposición, y consignaba también el vaticinio de que la política de Estados Unidos acabaría por matar a la democracia en Cuba²².

El día previo a la proclamación –19 de mayo– un grupo de diputados mexicanos²³ presentó en la Cámara la propuesta de un mensaje de felicitación a la recién constituida república, la cual fue aprobada por unanimidad. Por esas mismas fechas un grupo de repatriados cubanos que estuvieron exiliados en México invitó al general Díaz mediante carta abierta, publicada en *La Discusión*, a que enviase al puerto de La Habana un buque de guerra para que estuviese presente en los actos de transmisión. Las colonias

²¹ *Ibidem*.

²² «Las elecciones en Cuba», *El Imparcial*, México, enero 2, 1902. Nos remitimos al trabajo de Margarita Espinoza Blas, «México y Cuba después de la guerra del 98», *El Caribe: intereses geopolíticos y dominación colonial*, Morelia, Mich., Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2000, pp. 157-183.

²³ Alfredo Chavero, Francisco Bulnes, Rosendo Pineda, Carlos Díaz Dufoo, Eutimio Cervantes, Rafael Pardo, Luis G. Labastida, Carlos M. Saavedra, Juan A. Mateos, J. M. Castellanos, Constancio Peña Idiáquez.

cubanas de Veracruz, Mérida y Progreso y simpatizantes veracruzanos y yucatecos celebraron entusiastamente el cambio de banderas que inauguraba una nueva etapa en la historia de Cuba. Una hermosa nota extraoficial –anuncio de nuevos tiempos– la dieron los estudiantes, que durante la guerra fueron activos entusiastas de la revolución cubana. Llevaron a cabo una manifestación de más de medio millar de participantes que se dieron cita en el Paseo de la Reforma y recorrieron las céntricas calles de la capital mexicana con gritos de ¡viva la República Cubana!²⁴

Aunque los despachos diplomáticos guardaban la tradicional y silenciosa compostura, no cabían dudas de la importancia práctica del establecimiento de la República de Cuba por más mutilada y tutelada por Estados Unidos que estuviese. La administración porfirista debe haber suspirado de alivio al ver que las ambiciones anexionistas de ciertos sectores poderosos de Estados Unidos salieron parcialmente derrotados. Por supuesto, en Cuba también se apreciaban los gestos de México con la convicción de dos entidades con perfiles conservadores que debían compartir amistosamente una peligrosa vecindad común. El 1º de julio de 1902 Gilberto Crespo Martínez, flamante ministro de México, fue recibido en sesión solemne, con el mismo ceremonial con que fue recibido el ministro de Estados Unidos. En diplomacia, como es sabido, un gesto vale tanto como mil palabras. La formalización de las relaciones diplomáticas entre la república mal nacida y el régimen de Díaz, fue correspondida con el pronto nombramiento de la representación isleña en México.

Sin dudas, las noticias acerca de la posible ocupación de las fortalezas cubanas, a fin de establecer en ellas o en sus cercanías estaciones carbonearas convertibles en estaciones navales, tenían que llamar la atención de las representaciones consulares con sede en Cuba, particularmente de la mexicana, la más afectada por el afianzamiento naval estadounidense en puntos geoestratégicos colindantes a las entradas del Golfo de México. Efectivamente, cuanta información precedió en la prensa a la firma del «Tratado permanente» que consagró la enajenación de significativas porciones del territorio cubano para estaciones navales, fue enviada a México. Aunque es de notarse que los tremendos términos en que se concedían tierras y aguas en Guantánamo y Bahía Honda no fueron comentados por Crespo y Palomino suficientemente²⁵. Tampoco se observa mucha preocupación en las respuestas de «recibido con interés» de Mariscal y sus indicaciones de enviar copia a la Marina son lacónicas, a pesar de las implicaciones estra-

²⁴ «Cuba y la República Mexicana», *La Discusión*, mayo 31, 1902.

²⁵ AHSREM, expediente 15-9-20.

tégicas que representaban tan importantes puntos en el control del Caribe y del Golfo de México.

No obstante tan fría atención aparente, se prestó cuidadoso interés a las declaraciones de las personalidades políticas estadounidenses más directamente implicadas con los asuntos de Cuba: Elihu Root exsecretario de la Guerra y el presidente Teodoro Roosevelt. En ese momento el Secretario de Estado Root había declarado en New York durante la fiesta de Cuba que los intereses de Estados Unidos en la isla eran «en parte comerciales y en parte de carácter militar, porque Cuba está llamada a ser el puesto de avance para el ataque o la defensa de Estados Unidos»²⁶. El ministro Crespo no sólo reportó sobre las declaraciones de preponderancia geopolítica usadas por Root, sino también parte del mensaje cursado por Roosevelt en el cual anticipaba las ideas germinales de su peligroso corolario a la doctrina monroísta: «No es cierto que los Estados Unidos tengan deseos de adquirir nuevos territorios, ni acojan proyecto alguno respecto a otras naciones con excepción de los que tengan por objeto el bienestar de ellas. Todo lo que queremos se reduce a ver a todos los países vecinos del nuestro estables, ordenados y prósperos, etc...»²⁷.

A pesar de la ambigüedad de sus relaciones con Estados Unidos, la clase política mexicana tuvo en sus cálculos estratégicos aminorar la presión que ejercían en el país las secuelas políticas derivadas de la gran apertura a los capitales y al comercio con Estados Unidos y a las incidencias provenientes de la vecindad geográfica²⁸. En el cálculo que orientó la táctica de los contrapesos puesta en práctica en el nuevo siglo XX, parece haber entrado la posibilidad de que las autoridades cubanas pudiesen ver con simpatía (y quien sabe si con cierta solidaridad también) el juego diplomático orientado a un contrabalanceo con poderes extracontinentales.

El ministro cubano en México, García Vélez, siguió atentamente el curso de la visita de una «Comisión técnica alemana» para las Antillas y México, en los mismos tiempos en que una escuadrilla germana acometía a Venezuela por las deudas contraídas. Aunque el Encargado de Negocios alemán

²⁶ G. Crespo Martínez a I. Mariscal, *La Habana*, mayo 21, 1904, AHSREM, exp. 15-12-46.

²⁷ G. Crespo Martínez a I. Mariscal, *La Habana*, mayo 30, 1904, AHSREM, *Íbidem*. «Todo país cuyo pueblo se conduzca bien –advirtió prepotente– puede contar con nuestra sincera amistad. Si una nación demuestra que sabe cómo se procede con decencia en los asuntos políticos e industriales; se mantiene el orden y satisface sus obligaciones; entonces no necesita temer la intervención de los Estados Unidos. Hechos brutales o la impotencia que resulta en el general aflojamiento de los lazos de la sociedad civilizada, pueden, al cabo, exigir la intervención de alguna nación civilizada y en el hemisferio occidental los Estados Unidos no pueden ignorar este deber...».

²⁸ Luis Nicolau D'Olwer, «Las inversiones extranjeras», en *Historia Moderna de México. El Porfiriato. La vida económica*, México, Buenos Aires, Editorial Hermes, 1965, p. 1154.